

las comodidades y atractivos del siglo, de todo lo que la vida social ofrece de más halagüeño para el corazón? ¡Ah! nada es todo eso para un alma que ha gustado con la leche de la infancia las dulzuras de la comunicación con Dios, para un alma enseñada con luces superiores del Espíritu Santo á desdenar todos los afectos terrenales y mundanos placeres. ¡Oh prodigio de generosidad de Gertrudis! Pero no fué todo, hermanos carísimos, el haber entrado resueltamente á los cinco años por la puerta estrecha de una casa religiosa: faltábale ajustar la vida entera á las ásperas prescripciones de la Regla, macerar su cuerpecito virginal con ayunos prolongados por dos y tres días, con cilicios y puntas aceradas, con vigiliias nocturnas y lecho que no era de descanso sino de tortura, en fin, con todo género de martirios voluntarios; y todo esto lo ejecuta nuestra generosa Virgencita con exactitud y perfección que asombra á las más perfectas religiosas. Restábale aún, para consumir el holocausto, el rendir totalmente su voluntad á la divina, y lo hizo Gertrudis tan pronto como Dios se lo exigió. «Dame la llave de tu alma», le dijo Jesucristo. «¿Cuál es la llave de mi alma?» repuso la piadosa niña. Y Cristo replicó: «Tu albedrío y voluntad.» Esto bastó para que Gertrudis repitiese trescientas sesenta veces estas palabras: *Non mea voluntas, sed tua fiat*— «No se haga mi voluntad, sino la tuya.» ¡Qué prodigios de virtud no hace la gracia en un alma tan dócil y generosa! De allí dimana aquella admirable cualidad de los hijos de Dios que se llama *libertad de espíritu*, del todo diversa de la libertad de la carne, que profesan y practican los hijos del siglo. Preguntado el Señor por un gran siervo suyo á quien concedía la merced de hablarle familiarmente, sobre la virtud que más le agradaba en su esposa Gertrudis, respondió con bondad inefable, que la libertad de corazón, añadiendo que ésta es medianera para toda perfección y aparejo para recibir mayores dones de la divina liberalidad.

Con esto queda dicho cuánta era la rectitud con que obraba en todo nuestra amable heroína.

8. Mas ¿quién será capaz de retratarnos su humildad? Preciso era que fuese profunda y sincerísima para que mereciese la íntima familiaridad de que había de gozar en el trato con Aquel que tiene su conversación con los humildes y sencillos— *cum simplicibus sermocinatio eius*<sup>1</sup>. Y á la verdad, ¿qué humildad más grande que la que supo juntar tanta alteza de virtud y tanta abundancia de dones celestiales con tanto desprecio y desestima de sí misma? ¿No es éste el grado más alto á que puede llegar esta virtud? Reconociendo las grandezas del Señor en ella, pudiendo cantar, guardada la debida proporción, como María: *Fecit mihi magna qui potens est*<sup>2</sup>, no atribuirse á sí más que imperfecciones y miserias, no llamarse esposa sino esclava, no valiéndose de aquellas gracias extraordinarias, sino para hundirse más y más en el abismo de su propia nada. ¡Oh! ¡qué humildad tan profunda y admirable! Pero ¡oh prodigio de bondad por parte del Señor! Cuanto más se abatía la humilde Gertrudis, tanto más la ensalzaba y enriquecía el Esposo divino que se complace en hacer mercedes á los humildes de corazón<sup>3</sup>. Era la joya más preciosa que Dios tenía en el mundo, y ella creíase indigna de pisar la tierra: aguardábanla los ángeles en el cielo, y ella se estimaba merecedora del infierno. ¡Oh humildad digna del gran Apóstol de las gentes!

Preparado con tan rico aparato de virtudes el corazón de nuestra Virgen, pasemos á contemplar cómo se recrea y regala el dulcísimo Amador de las almas en morar de asiento en ese precioso tabernáculo: *Mansionem apud eum faciemus*.

## II.

9. Al intentar, hermanos carísimos, daros alguna idea de las delicias que halló Jesús en la morada del corazón

<sup>1</sup> Prov. 3, 32.

<sup>2</sup> Luc. 1, 49.

<sup>3</sup> Iac. 4, 6.

de Gertrudis, confieso que me siento sobrecogido de espanto, ó mejor dicho, anonadado por la grandeza del asunto, que excede verdaderamente á todo alcance y á todo lenguaje, como aquellos arcanos celestiales de que dice el Apóstol «que no es al hombre permitido expresar»<sup>1</sup>. Abismo es éste de las comunicaciones divinas en que navega sin norte el pobre pensamiento humano. Cosas son tan altas y recónditas que más se prestan á la muda admiración que al elocuente discurso. «¿Cómo pudiéramos», os diré con un panegirista, «reducir á los estrechos límites de una oración lo que ha dado materia á muchas sabias plumas para escribir libros enteros en elogio de esta Virgen portentosa?»<sup>2</sup> Por dicha nuestra podemos valernos de los escritos que con mano guiada por inspiración de lo Alto trazó la misma favorecida del Altísimo en los cinco maravillosos libros intitulados *Insinuación de la piedad divina*, tenidos en suma veneración por la Iglesia católica. Ellos nos ponen de manifiesto en primer lugar con cuánta ternura de afecto amó Jesús á su esposa Gertrudis. «Ven á mí, querida mía», decíale Jesús, «porque amándote yo como á esposa de mi corazón, deseo que estés siempre delante de mí.» ¡Qué ternura, qué vehemencia de amor no denotan aquellas otras expresiones con que Jesucristo la instaba á que le diese el corazón, y dándose lo Gertrudis, el Señor se lo aplicaba á su propio corazón divino! Pero ¡hasta dónde no llega la amorosa complacencia del divino Amante con su sierva fidelísima que, hablando con Santa Matilde le hace esta asombrosa declaración: «Yo soy todo suyo: á ella me he entregado como cautivo de su pureza y santidad!» ¡Oh portentosa fuerza del amor que llega á cautivar á todo un Dios! Y ¿no llegará á apriionar todavía nuestro duro y frío corazón? Y ¿nos resistiremos á rendirnos al amor de un Dios que tanto ama á

<sup>1</sup> 2 Cor. 12, 4.<sup>2</sup> Troncoso, op. cit.

sus criaturas? ¿Qué es sino acíbar toda la dulzura del amor terreno, comparada con la suavidad de estas divinas comunicaciones? ¡Oh mil veces dichosas las almas que saben gustarlas! Y las gustarán sin duda los que supieren merecerlas. Efecto de este amor de Jesús á Gertrudis fué aquel lazo estrechísimo de unión que con ella mantuvo. La unión de Jesucristo con su sierva fué tan íntima que imposible parece pudiera ser mayor. Decía el mismo Señor: «El amor de la divinidad la ha unido tan inseparablemente á mi corazón, que la ha hecho una misma cosa conmigo, bien así como el oro y la plata fundiéndose en la fragua se mezclan no formando más que un solo metal.»<sup>1</sup> Y explicando el significado de una misteriosa cadena de oro que traía al cuello nuestra Santa, dijo el divino Amante: «No hay persona hoy más unida conmigo que Gertrudis.» ¡Oh qué unión tan venturosa! De suerte que, como la santa Virgen tenía sus pensamientos y sus afectos concentrados totalmente en su Amado, siendo toda de Él — *ego Dilecto meo*; así Jesús parecía no vivir sino para su esposa, como si ésta fuese el centro de sus complacencias — *ad me conversio eius*<sup>2</sup>.

10. Alma tan unida con su Dios ¿cómo no había de estar siempre en altísima contemplación? La contemplación, hermanos carísimos, es un estado tan alto, tan superior á la miserable condición humana, que es, entre los mismos dones sobrenaturales, un don de valor y precio inestimables. Por ella el hombre se levanta sobre sí<sup>3</sup>; ¿qué digo? se eleva sobre todas esferas celestiales hasta llegar al trono mismo de la Divinidad, donde, mezclado con los serafines permanece extático en inefable adoración. Don es éste á pocas almas concedido, y no siño al cabo de muchos años de vida ejercitada en las obras más perfectas. Pues

<sup>1</sup> Vida de Santa Gertrudis por Fr. Juan de Castañiza.<sup>2</sup> Cant. 7, 10.<sup>3</sup> Thren. 3, 28.

bien, pasmaos, carísimos oyentes: desde la edad de cinco años, esto es, desde que se consagró al Señor, fué levantada nuestra Virgen al grado más alto de la contemplación. En esos vuelos del espíritu penetraba Gertrudis hasta en los más íntimos secretos de Dios, quedaba absorta y extática, y su voluntad encendida en llamas de amor, como la Esposa de los Cantares. Ni sus ocupaciones ni el mismo sueño bastaban á interrumpir el ejercicio de orar que era su vida y su respiración, de suerte que podía decir que «mientras dormía, su corazón estaba en vela»—*ego dormio et cor meum vigilat*<sup>1</sup>. «Si velaba, si dormía», dice el historiador de su vida, «si trabajaba ó descansaba, orando siempre, en todo lugar hallábase embriagada del amor de su dulce Esposo.» Y ¿cuál era la escala mística por donde, como Jacob, subía al cielo de los divinos atributos, sino la sagrada pasión de Jesucristo, en cuya contemplación se engolfaba su espíritu, bañándose en dulces lágrimas su semblante de ángel? Y ¿cuáles eran sus deliquios al pie del sacramento de la Eucaristía donde veía á Jesús mostrándole el corazón como ardentísima fragua del amor divino? ¿No fué Gertrudis la ilustre precursora de la bienaventurada Margarita María en experimentar los encantos de la devoción al Corazón de Jesús? De allí nacían aquellas ardientes palabras con que hablaba de los misterios de Cristo, anhelando inflamar en el amor de Jesús á todos los hombres, no suspirando sino por la gloria de Dios y la salvación de las almas, por las cuales quisiera padecer mil muertes y millares de martirios. Así es que con los goces inefables de la contemplación iban mezclados, como sucedía á Teresa de Jesús y Magdalena de Pazzis, los dolores acerbísimos que causan las heridas del amor divino, el pesar de no padecer más, la pena de no acabar de consumirse en las llamas del místico holocausto, de no morir para consumir la eterna unión con el Amado.

<sup>1</sup> Cant. 5, 2.

II. ¡Qué deliciosamente moraba Jesús en el sagrario del corazón de Gertrudis! Prueba de ello, carísimos hermanos, son los prodigios y verdaderamente extraordinarios favores con que la regalaba á porfía. Entre ellos figuran aquellas visiones imaginarias é intelectuales, y aquellas revelaciones tan auténticas y veneradas como las de mayor crédito en la Iglesia católica. «Has hablado en visiones á tus santos»<sup>1</sup>, decía á Dios el real Profeta. Y Joel profetizó que vendría tiempo en que hasta los jóvenes verían visiones celestiales, tiempo cumplido en los días de la redención<sup>2</sup>; principalmente en almas escogidas como el gran Apóstol de las gentes, elevado al tercer cielo, y allí testigo de los arcanos de la Divinidad. «Hablaré», pues, «de las visiones» maravillosas de Gertrudis, «y de las revelaciones de Dios»<sup>3</sup>, pero nada más que una palabra, pues sería perdernos en un océano de inconmensurable anchura el discurrir sobre ellas ó siquiera enumerarlas detenidamente. Basta saber que conversaba familiarmente con los ángeles y los bienaventurados confesores; que era visitada y enseñada de la misma Madre de Dios, á quien Jesús se la había recomendado especialmente; que llamada mil veces de Dios por su propio nombre, como el profeta Samuel, le era revelado y descubierto el estado de muchas almas cautivas de la culpa, para que cuidase de remediarlas; y, por acabar, que hasta las pobres almas del purgatorio venían á implorar los sufragios de Gertrudis, como quienes sabían el valimiento que tenía con Dios para alcanzar el alivio de sus penas ó la libertad de su cárcel expiatoria. Pero no era esto todo, ni aun quizás lo principal de las gracias y favores con que demostró Jesús su predilección por su amada Gertrudis. Comunicóle el don de leer los acontecimientos á gran distancia de su realización, ó sea, la visión profética del porvenir: hízola

<sup>1</sup> Ps. 88, 20.

<sup>2</sup> Act. 2, 17.

<sup>3</sup> 2 Cor. 12, 1.

participante de su omnipotencia concediéndole el poder de hacer milagros; pero para distinguirla aun más entre todos sus santos, otorgóle lo que á muy pocos habrá sido concedido, la transverberación del pecho virginal y la impresión espiritual de sus llagas en el corazón. Sí, cristianos; de un modo misterioso pero real, aunque para nosotros incomprensible, Jesús la acariciaba, hiriendo con dardos de amor, caldeados en el fuego de su Corazón, el corazón de su esposa, y luego, para satisfacer el ansia de padecer que abrasaba á la generosa Virgen, imprimíale en el seno los caracteres todos de su pasión santísima, haciéndola sentir el dolor de sus heridas. ¡Oh caricias verdaderamente inefables! ¡cómo nos revelan cuán deliciosa morada halló Jesús en el corazón de esta Virgen fidelísima!

12. ¿Qué haremos nosotros, carísimos hermanos, en presencia de semejantes portentos de la gracia del Señor? ¡Ah! no nos queda más que venerarlos en muda, pero entusiasta admiración, aspirar á merecer alguna parte, aunque mínima, de las mercedes que otorga Dios á los que le aman, y acogernos con plenísima confianza á la protección de la grande y poderosa Patrona que en hora feliz nos ha dado la amorosa Providencia. Pero ¿no deberemos también esforzarnos por imitar de algún modo sus eminentes virtudes? ¿Seríamos dignos de tan excelso patronato si no procurásemos disponer nuestro corazón con el arreo de la pureza, de la humildad y de la caridad, á ser digna morada de Jesús? Hagámoslo así, amados fieles, para que por nuestra fidelidad y la intercesión de la incomparable Virgen Santa Gertrudis, merezcamos algún día ser admitidos en las eternas mansiones de la gloria. Así sea.

## De Santa Rosa de Lima, Patrona de América.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

### Santa Rosa, Esposa de Cristo.

Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa.  
Cant. 4, 9.

I. Generosa y munífica como en ninguna otra parte se ostentó la mano del Criador en el vasto continente americano. ¡Qué riquísimos tesoros no depositó en su seno! Allí la plata en fabulosa abundancia, allí el oro en inagotables veneros, el platino y todos los más codiciados metales; allí las piedras preciosas, el rubí, el diamante, la esmeralda, robando las codiciosas miradas de los que aventuraron la vida por apoderarse de ellos. Y en el fértil suelo ¡qué variedad y hermosura de plantas y de flores! ¡qué gallardía de árboles gigantes, desafiadores de los siglos! ¡qué riqueza de producciones vegetales que trajeron en masa á los moradores del viejo continente, quienes en cambio vinieron á plantar en nuestro rico suelo el árbol majestuoso y benéfico de la cristiana civilización! Pero si tan pródigo se mostró el Señor con el nuevo mundo en el orden natural ¿por ventura lo fué menos en ese otro sobrenatural de la gracia? No por cierto, y por ello debemos los hijos de América tributar fervorosas acciones de gracias á la bondad del Todopoderoso. Porque es un hecho que apenas plantada y arraigada la fe de Jesucristo en la tierra americana, así en el norte como en el sur, viéronse brotar lozanos tallos de virtudes, que, creciendo y desarrollándose como las plantas en el suelo tropical, no tardaron en cubrirle de flores y frutos de la más heroica santidad. Rosa, la querida hija de Lima, bastaría para demostrarlo. Rosa, la primera flor de la América meridional, difundió desde la ciudad de los Reyes hasta los últimos confines del orbe católico la fragancia de sus